

Esfuérsate y sé valiente

"Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas" (Josué 1:9)

Lo que Jehová dijo a Josué, no sólo contiene una promesa maravillosa, sino primeramente, y según el contexto, *mandamientos* para este líder militar sucesor de Moisés (Jos. 1:1-9).

Así como en todo lugar de la historia bíblica, cada promesa de Dios fue condicional (el Calvinismo dice lo contrario), la Escritura sigue testificando lo mismo para nosotros hoy en día, cada promesa de Dios está sujeta a condiciones.

Dios **no** bendice gratis, Él demanda el cumplimiento de su palabra.

Se requiere esfuerzo y valentía para obedecer y alcanzar dichas promesas.

Se requiere una fe poderosa para fijar la vista en la palabra de Dios y no en las circunstancias que nos rodean (aún cuando somos tentados por la aparente contradicción de nuestro alrededor).

No es fácil mantenerse firme en medio de la "*contradicción de pecadores*" (Heb. 12:3) como lo hizo nuestro Señor Jesucristo, Él es nuestro ejemplo de la seguridad y la paz que se experimenta al hacer la voluntad del Padre que lo envió (1 Ped. 2:21).

Cristo dijo "*Porque el que me envió, conmigo está, no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada*" (Jn. 8:29).

Hacer la voluntad del Padre, asegura su comunión: "*He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo*" (Jn. 16:31).

La paz que Cristo prometió, es la misma paz que Él experimentó al saber de la comunión del Padre. El dijo: "*mi paz os doy*" (Jn. 14:27). Esta paz **no** es un mandamiento, sino una consecuencia natural al ejecutar la voluntad que Cristo nos reveló acerca del Padre (Jn. 1:18;

Mat. 7:21), sólo así podemos saber que tenemos paz con Dios en mundo que nos es adverso (Rom 5:1).

Nada ni nadie podría proveernos la paz verdadera y perdurable, sino sólo Jesucristo. Él es el príncipe de paz (Is. 9:6) y para esto mismo vino al mundo (Luc. 1:79; 2:14).

A través de Cristo, todos podemos gozar de aquella paz que le costó a Él su propia sangre (Ef. 2:14-18). Es por Cristo que los hombres pueden formar parte de su iglesia al obedecer "las buenas nuevas de paz", es decir "el evangelio de la paz" (Hech. 10:36).

Siempre podemos saber que al hacer la voluntad de Dios no estamos solos, porque Él estará con nosotros y así siempre experimentaremos la paz de Cristo. Una paz que no depende de la "unidad en la diversidad" lo cual es la paz del cementerio. La paz de Cristo depende de la adhesión a sus mandamientos y la comunión resultante con quienes viven también así (Ef. 4:1-6; Fil. 3:17).

Así como Timoteo (2 Tim 2:1) nosotros también hemos de *esforzarnos en la gracia*, perseverando sin fatigarnos: "*No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos*" (Gál. 6:9).

Para nosotros también puede servir la amonestación: "*Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio*" (2 Tim. 1:7).

Sabemos que si continuamos adelante, cumpliendo las "*buenas obras*" que "*Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*" (Ef. 2:10), no sólo adornaremos la doctrina (Tit. 2:10) sino que podremos estar convencidos de que Dios no nos dejará solos, porque estamos haciendo **lo que a Él le agrada** (Heb. 13:5-6).
